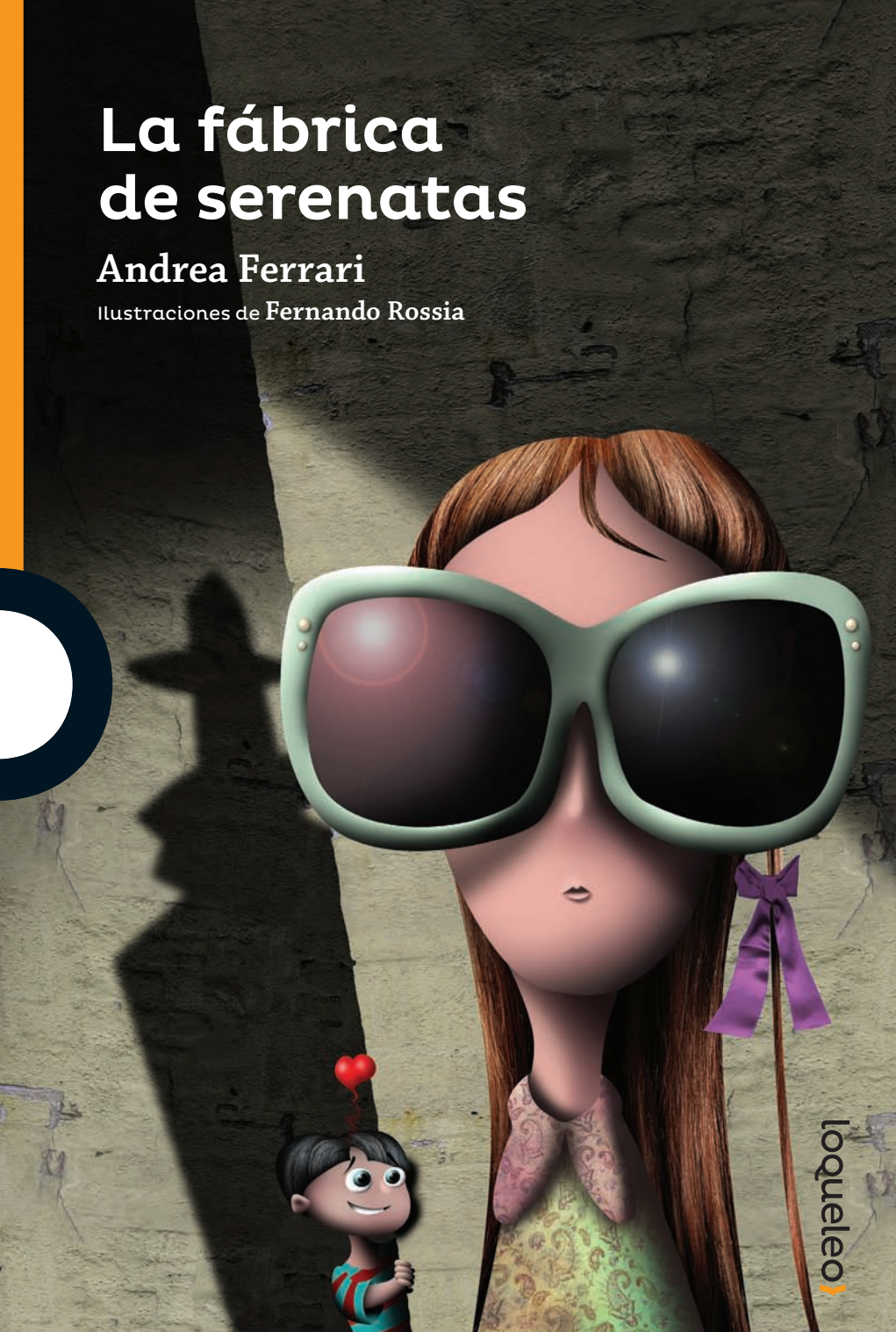
La fábrica de serenatas

Andrea Ferrari

Ilustraciones de Fernando Rossia



loqueleo

www.loqueleo.santillana.com

© 2012, Andrea Ferrari
© 2012, 2013, Ediciones Santillana S.A.
© De esta edición:
2016, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4578-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira
Ilustraciones: Fernando Rossia

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Churrillas y Julia Ortega

Ferrari, Andrea
La fábrica de serenatas / Andrea Ferrari ; ilustrado por Fernando Rossia. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)
ISBN 978-950-46-4578-8
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Rossia, Fernando, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 4.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de enero de 2016, en Arcángel Maggio – división libros, Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

La fábrica de serenatas

Andrea Ferrari

Ilustraciones de Fernando Rossia

loqueleo

Capítulo 1

Esta es una historia de transformaciones. De gente que era de una cierta forma y un buen día sucedió algo que la hizo cambiar. También es la historia de una chica sentada en un balcón, de un chico tímido y levemente tartamudo, de un matón que quería conquistar a una muchacha y de una batalla a los tiros en medio de la ciudad. Y, sobre todo, es la historia de un hombre que amaba las rimas.

Se las voy a contar entera, con todas sus idas y venidas, si tienen la paciencia necesaria para escucharme. Seguramente habrá alguno que se pregunte cómo es posible que yo sepa tanto de este asunto. Sencillo: me lo contaron sus protagonistas. Y habrá algún otro (siempre hay alguien excesivamente curioso) que quiera saber quién soy yo. Bueno, lo lamento, pero eso no se los voy a decir. En verdad, no les conviene saberlo.

No insistan.

Capítulo 2

Algo más... ¿Oyeron hablar de ese ladrón que deja poemas en las cajas fuertes que vacía? ¿No? Si no saben nada de él, les voy a decir que andan muy mal informados, porque el hombre se hizo bastante famoso. Salió en los diarios y en la televisión, y algunos de sus poemas han sido citados gran cantidad de veces.

Bueno, esta historia también tiene que ver con él.

Y ahora sí, empiezo.

Capítulo 3

Podría decirse que la historia comienza el día en que Alejo entró al negocio de Martín. Sin embargo, el problema que lo había llevado hasta allí no era nuevo. Ya de muy chico se dio cuenta de que cada vez que las cosas se ponían difíciles él tropezaba con las palabras.

Podía pasarle al principio o en la mitad de la frase. A veces no lograba atravesar la segunda sílaba, por mucha fuerza que hiciera. Otras veces tenía la impresión de que su voz se extinguía y, aunque intentaba empezar en un tono muy alto, se iba adelgazando hasta convertirse en un murmullo imposible de oír.

No importaba qué palabras quería decir, si eran largas o cortas, comunes o raras. Ni siquiera importaba el idioma. Lo que lo trababa era estar frente a lo que él llamaba una Situación Complicada. A veces las cosas iban tan mal que ni siquiera era capaz de arrancar. En esos casos abría la boca y solo salía silencio.

Resultaba sumamente incómodo, me dijo la tarde en que me contó todo esto: el silencio era como una pared que crecía frente a él y contra la que se daba la cabeza una y otra vez.

Le habían dicho que el problema se le iba a ir cuando creciera. Necesitaba estar más tranquilo, le recomendaron médicos y maestros. Pero, cuanto más pensaba él en que debía tranquilizarse, más nervioso se ponía y más palabras perdía.

Para resolver esta cuestión, Alejo tomó dos decisiones importantes. La primera fue evitar todas las Situaciones Complicadas. En cuanto veía venir una, hacía todo lo que estaba a su alcance por huir. La segunda fue hablar lo menos posible. A menos palabras, menos posibilidades de trabarse. De modo que se limitaba a decir lo indispensable y creía tener el asunto más o menos controlado. Es cierto que se perdía un montón de cosas interesantes. También, que la gente solía comentar que era un chico excesivamente callado y tímido. Pero todo eso no le importaba demasiado.

El problema fue que a los once años conoció a Alejandra y eso cambió completamente las cosas.

La chica apareció una tarde en el edificio de al lado. Más precisamente, en el balcón del primer piso. Desde su propio balcón, un piso

más arriba, Alejo le echó un vistazo. La encontró encantadora. Luego, desde la calle, le echó un segundo vistazo. Y la encontró aún más encantadora. Más tarde le echó un tercer vistazo con un par de largavistas. Y decidió que era la chica más encantadora que había visto en su vida. Pelo largo, castaño rojizo. Piel ligeramente bronceada y unas cuantas pecas en las mejillas. Le pareció extraño, sin embargo, que llevara anteojos negros. Y también que se quedase ahí, inmóvil, durante tanto tiempo. Al principio pensó en hablarle, pero tenía miedo de tropezar con las palabras y causarle una mala impresión. Entonces chistó varias veces, sin resultado alguno. Después tiró un avioncito de papel, creyendo que así lo miraría. Pero, aunque se posó a escasos centímetros de su pie, ella ni siquiera giró la cabeza para observarlo.

Quizás, pensó Alejo en esos días, estaba enamorado. Claro que, como nunca había estado enamorado antes, no sabía exactamente qué se sentía en ese caso. Lo que sí sabía era que no podía pensar en otra cosa. Y que ella ni siquiera había reparado en su existencia.

Un par de días más tarde descubrió otros tres detalles, gracias a unos nuevos largavistas, mucho más potentes, que le había prestado un amigo.

El primero fue que la chica tenía auriculares en los oídos, o sea que estaba escuchando música. El segundo fue que, cada tanto, comía algo que sacaba del bolsillo. Y el tercero que, bajo los anteojos de sol, había una venda blanca. Decidió investigar.

El departamento en cuestión pertenecía a un matrimonio al que él conocía de tanto cruzarse por la calle. De modo que la vez siguiente que vio a la señora, la detuvo y le preguntó qué hacía ahí esa chica.

—Es mi sobrina —explicó la mujer—. Vive en Mar del Plata, pero vino a Buenos Aires a hacerse una operación en los ojos. Los tiene que tener vendados durante diez días. Por eso se pasa el día tomando sol y escuchando música.

Luego la tía dijo varias cosas más. Que la chica tenía once años. Igual que él, pensó Alejo. Que estaba en sexto grado. Igual que él. Que le gustaba el rock. Igual que a él. Que comía caramelos de menta. Igual que él. Se atrevió con una última pregunta.

—¿Y cómo se llama?

—Alejandra.

—¡Igual que yo!

—¿Igual que vos? —preguntó sorprendida la mujer.

—Casi igual. Yo me llamo Alejandro, pero me dicen Alejo.

La tía también le contó que, cuando se aburría de escuchar música, Alejandra pedía que le leyeran historias de misterio. Que era tímida y le daba mucha vergüenza que la vieran con la venda en los ojos.

Si no hubiera existido el problema de las Situaciones Complicadas, pensó Alejo, las cosas se resolverían enseguida. Él le hablaría desde su balcón, se harían amigos y pronto la estaría visitando en su casa. Pero sabía que eso era imposible: no iba a poder pasar de la primera sílaba.

Ese fue el día en que recordó el cartel. Lo había visto cerca de su casa, colgado en el frente de una puerta. "Fábrica de serenatas", decía. Y, más abajo, alguien había escrito una estrofa con letras delicadas y pintura verde.

SERENATAS A PEDIDO
PARA GENTE ENAMORADA
USTED PIDA, YO LO DIGO
NO LE SALE CASI NADA

Quien había escrito eso parecía haber estado pensando en él, consideró Alejo: era exactamente lo que necesitaba. Tiempo después, Martín